

Alberto de Villegas

A.A. V.V.

Alberto de Villegas. Estudios y antologías

La Paz: Plural-IEB-Carrera de literatura, 2013

Es difícil no detenerse primero en la fotografía: Alberto de Villegas nos mira y su mirada es parte de un rostro de rasgos indígenas, no libre de tensiones. Sin embargo, su postura parece relajada, considerando el uniforme militar que, más que vestir, luce. En un trabajo académico escrito mucho antes de que se pusiera el uniforme, De Villegas ya había defendido el derecho de las naciones a participar en una guerra, “suprema fuente de orden, de justicia y de paz”, escribe (12-13). Las condecoraciones, nos enteramos al leer el libro que esta foto ilustra, las recibió lejos, como diplomático, no en la Guerra del Chaco –guerra a la que quiso ir y fue, a diferencia de muchos de su clase, pero en la que nunca llegó a pelear pues moriría antes de tener la oportunidad del combate. Esta muerte no puede sino recordarnos otra, la de un gran escritor que también murió joven, dos años antes del nacimiento de De Villegas, deseoso de combatir en las que llegaron a ser guerras de independencia, en su primer día de campaña, probablemente sin haber sabido disparar bala certera alguna: José Martí.

Los textos de Alberto de Villegas –escritura fina, delicada, experta– configuran espacios intrincados, fragmentos de universos lejanos, extrañamente familiares o desconocidos, ajenos, acaso presentidos. Diversos, como sus destinos finales, entramos en ellos a oscuras. A veces lento, casi inmóvil, al paso de un *flâneur* –aquellos paseantes que, se dice, seguían el ritmo y la ruta de sus tortugas por las calles de París–, De Villegas pone en nuestras manos, frente a nuestros ojos, a un rey muerto, o un palacio o una casa (aquél, quemado por el fuego sembrado por el hombre; ésta, lejana y sola, maldita por sus cimientos sagrados y poseída por un rayo), o a un gran Mariscal, a un inca o a una muñeca. Otras veces, De Villegas va dibujando filigranas en el aire, sin palabras, a paso apurado.

Usa, parecería, sus objetos como excusas, y sólo los ubica en un tiempo y espacio reconocibles para luego rodearlos y enterrarlos con nombres que pesan en oro o mármol o plumas. En estos textos parecería que no le importara que lo sigamos en su travesía sonora, rítmica y veloz: que el placer –o coqueteo– estuviera sobre todo en nombrarlos, en pronunciar nombres de mujeres, de hombres, de plazas y calles y ciudades que algunos sólo habremos de conocer en sus páginas.

¿Fue Alberto de Villegas un escritor fiel o esquivo a su tiempo, clase y circunstancia o más bien uno que se dirigió a donde lo llevara su escritura? Omar Rocha Velasco, Freddy Vargas, Pedro Brusiloff y Ana Rebeca Prada nos acercan a la filigránica y exquisita prosa de este escritor boliviano de principios del siglo XX en este libro, el primer tomo de la colección *Prosa Boliviana*, proyecto conjunto de rescate de autores valiosos pero olvidados. ¿Y qué dicen de Alberto de Villegas?

El estudio de Omar Rocha Velasco es generoso en su información sobre el presente de Alberto de Villegas, el momento que visitan sus escritos y las reacciones de sus contemporáneos a esos textos y gestos. Claro y conciso, Rocha usa el adjetivo “inactual” para describir escritura y autor, capaces de dialogar con los muertos de su historia, aunque no tanto con su presente. Rocha escoge tres momentos de la escritura de De Villegas, todos tocados por un pasado: el Potosí de la colonia –con el cálido deseo de revivir su legendaria, pero marchita grandeza–; Tiahuanacu –como un reservorio intocado por la colonia, intocado por la república y que permite o promueve una mirada estetizante que apela a “lo indígena” (visto desde afuera y desde lejos); y, finalmente, la selva, territorio no tocado aún por la modernidad (y donde se peleaba una

guerra que tendría que haber tenido como fin la creación de una nación renovada). Tal vez concentrado en la búsqueda de las bases para la creación de otra nación, de otra patria, unas distintas a la que veía, de Villegas haría del pasado una posibilidad.

La campana de plata, texto publicado en 1925, durante los festejos del centenario de la fundación de la república (y que no es parte de esta antología), escapa toda clasificación, según Freddy R. Vargas, y es “sin hacer de ello su estandarte, un texto que desea e imagina un horizonte histórico-cultural de amplia significación en su momento... Un texto que, con aguda perspectiva, se interroga por una identidad que parece estar constantemente (re)haciéndose” (60). Vargas reconoce en el texto la postulación del deseo de rehabilitar nuestra historia: Potosí vendría a ser entonces la posibilidad de ordenamiento del pasado y De Villegas un descifrador del orden de lo olvidado, de las sombras, de los espectros y un “evocador de la grandeza perdida en su soledad”. Vargas ve en el autor a “alguien que percibe los residuos de algo olvidado o reprimido del pasado y los intuye como lo nuevo y subversivo. Alguien para quien, quizás, lo perdido se restituye sin apelar a sustituciones... creándolo, ‘invencionándolo’” (82).

Pedro Brusiloff escoge el texto que parecería menos ligado a lo histórico para proponer la lectura más sociológica del libro. Su lectura responde a una pregunta inevitable al enfrentarse a *Memorias del Mala-Bar*: ¿es Alberto de Villegas “un escritor divorciado de la realidad circundante y de las preocupaciones locales”? Brusiloff responde que en estos escritos, llenos de señales de frivolidad, abundan “los rasgos de una relación problemática con su tiempo”. Los requisitos para acceder al Mala-Bar, afirma citando al historiador Alberto Crespo, hacían de este *pub* –lleno de objetos que probablemente recreaban una cierta idea de París– un espacio marginal, alejado del poder, un mundo soberano. Brusiloff ve en esos requisitos y objetos, en cambio, los instrumentos de una “mediación de la modernidad” y en De Villegas a un “adelantado cuyas novedades actualizaban la lejanía del gran mundo” (93). En la belleza, soltura, agilidad y livianidad de su prosa –como muchas veces también los temas que la ocupan– el autor buscaría también ocultar el esfuerzo invertido en ella. De Villegas, como su clase, querría alejarse de la producción material, del trabajo. El ensayista encuentra en De Villegas y su clase una exaltación y un llamado al sacrificio: “Se trataba de restituir, entre matorrales estériles, un campo de visibilidad en que se proyectara el glorioso destino de la élite, ansiosa por redimirse de las derrotas en el Pacífico y el Acre” (91). En la constante y “diferente” mirada del pasado que tiene De Villegas, habría que ver el intento de imaginar “un origen que reivindicara a la nación ante sí misma” (91).

Ana Rebeca Prada se demora en otro libro de Alberto de Villegas, publicado en 1929: *Sombras de mujeres*. Antes de entrar en las historias mismas, Prada prepara al lector y ubica *Sombras* en dos contextos: el de la obra del autor y el de sus antecedentes e influencias. Luego, *Sombras*. ¿Por qué escogió de Villegas a estas diez mujeres? En un hermoso texto que Prada cita, De Villegas se explica: “Sombras de mujeres adorables y errantes de mujeres divorciadas con la vida, que murieron agitadas por todos los vientos del Espíritu./ Vidas truncadas, corazones perdidos, almas sin rumbo, no hallaron en la tierra paisajes de serenidad para apaciguar sus existencias turbadas./ Sombras flotantes que pasan por estas páginas efímeras con un rumor ardiente, para suscitar nuestra meditación y alimentar nuestra soledad insatisfecha...”. En su lectura, Prada es paciente, cuidadosa y detallista: intenta destejer, casi punto por punto, el telar de esta prosa. Y encuentra que la publicitada y cultivada “*décadence* de De Villegas estaba ya contagiada del conservadurismo estructurante de la sociedad y letras bolivianas” y que, aunque lo “intentó con toda su alma” (167), no pudo eludirlos.

“[T]ensado entre múltiples fuerzas, respondiendo a muchas y con seguridad contradictorias llamadas” (169), como escribe Prada, las cuatro lecturas en el libro nos sugieren que De Villegas –en su vida y su literatura– transitó, a veces consciente y otras no, otras muchas distante e irónico añadiría yo, entre el pasado y el futuro (de su patria); entre el aquí, el ahora, y el deseo –propio y de su clase– de ver, o ser, una cosmópolis, o parecersele “siquiera”; entre lo mundano, pagano, erótico e inquietante y lo pío, la devoción y la quietud (de la religión, de la maternidad). En tantas direcciones, y por (tan) diversos caminos, De Villegas transita.

Despierto el interés, sólo espero que las nuevas ediciones de las obras de Alberto de Villegas, no incluidas en este libro, no tarden en encontrar editor.

Virginia Ruiz